

Formación en valores



EL EGOISMO



Contenido:

El gusano de la discordia	3
La choza que resplandeció	6
El rey egoísta	8
Ejercita la memoria	12
Tazas de amor	13
Encuentra las diferencias	16
La rueda de la generosidad	15
Piensen en lo siguiente	16



Una vela no pierde luz
cuando enciende otra vela.

Diseño: Amber Darley y Agnes Lemaire

El gusano de la discordia

En un parque muy poblado de árboles se erguía un roble alto y frondoso. Tenía el tronco fuerte y las ramas gruesas y largas. En una de las más bajas había un nido nuevo. Dos petirrojos habían escogido aquel sitio para formar su hogar. La mamá puso cuatro hermosos huevecitos azules. Día y noche los cubría con su cuerpo para mantenerlos calentitos. El papá trabajaba duro buscando alimento para la mamá mientras ella cuidaba los huevecitos.

Un día, los cuatro cascarones se rompieron y salieron cuatro pajarillos. Al principio no tenían pinta de petirrojos, pero al poco tiempo les crecieron plumas sedosas y todos abrieron los ojos para mirar el ancho y fascinante mundo que los rodeaba.

Papá y mamá les pusieron nombres. A los dos machitos los llamaron Picotón y Colorao, y a las dos hembritas, Guinda y Chispita.

A Colorao todavía no se lo muy rojo que digamos, pues a las crías de petirrojo no se les pone el pecho colorido. Les cambia el color cuando se hacen mayores. ¿Por qué se llamaba Colorao, entonces? Es que apenas salió del cascarón se puso a piar con muchas ganas por el hambre que tenía. La mamá dijo:

–¡Este chiquillo está tan impaciente por comer que se ha puesto rojo de tanto piar!

–Pues llamémoslo Colorao –respondió el papá–. Cuando crezca de todos modos va a ser rojo.

Los padres, orgullosos, se reían del nombre. Enseguida una hembrita salió del cascarón.

–Llamémosla Guinda, porque también será rojita–. Luego salió Chispita, que recibió ese nombre porque era muy activa y parlanchina. El último en salir tenía el pico muy largo, y como le encantaba comer le pusieron Picotón.

Casi lo primero que tuvieron que aprender aquellos pajaritos fue a tener buenos modales a la hora de comer. Con frecuencia se peleaban por la mejor comida o el mayor bocado. Nunca daban las gracias a papá y mamá, que tanto se sacrificaban para encontrarles alimento. Por más que sus padres les hablaran y procuraran enseñarles a llevarse bien, los pequeños eran cada vez más revoltosos. Discuñan, se enojaban y se trataban a los empujones. Hasta que un día pasó algo que cambió las cosas.

Papá y mamá se aprestaban a levantar vuelo para salir a buscar comida. Aquella mañana todos tenían más hambre que de costumbre.

–Papá, ¿me traes una lombriz bien gorda y jugosa? –rogó Picotón.

–Lo intentaré –dijo el papá–. Pero en estas épocas no es fácil encontrar lombrices. La tierra está dura y seca, y las lombrices se esconden muy hondo.

–A mí no me gustan lombrices –refunfuñó Chispita–. Son muy largas y

resbaladizas. Papá, ¿por qué, mejor, no nos traes insectos?

–¡Ni hablar! –interrumpió Guinda–. La mayoría de los insectos saben muy mal. Prefiero unas bayas bien tiernitas.

–¡Pero qué malos modales! –recordó la mamá a los hambrientos pajarillos–. Cuando piden algo, tienen que ser amables y bien educados. Digan: «Papá o mamá, por favor, ¿pueden traerme una rica lombriz?» Cuando haya algo de comer que no les guste, esfuércense en comerlo con gratitud. Tengan en cuenta que nos lo envió Dios y que nos ayudó a papá y a mí a encontrarlo.

Los pichonzuelos escucharon un momento, pero pronto olvidaron lo que les había dicho su mamá.

–¿Sabes lo que me gustaría en realidad? –dijo Colorao con tono exigente–. ¡Unas semillas bien crocantes!

–Papá –interrumpió Picotón–, tráenos a cada uno lo que nos gusta. Así estaremos todos contentos.

–Buena idea, ¡consíguenos lo que nos gusta a cada uno! –piaron a coro los demás–. Eso nos hará felices.

–¿Ahora qué hacemos? –preguntó la mamá al papá en voz baja.

–Habrá que darle a cada uno lo que pide. Nos va a costar mucho más esfuerzo; pero si así estarán satisfechos. A lo mejor valga la pena. Salgamos a ver qué encontramos –dijo por fin el papá.

La mamá prefería quedarse a buscar alimento cerca del nido. De esa forma podía vigilar a sus pequeñuelos.

Lo malo era que cada vez se hacía más difícil hallar comida en las cercanías. El papá normalmente se aventuraba bastante lejos para procurarles el alimento. Pero la mamá entendió que ese día ambos tendrían que alejarse mucho si querían satisfacer los caprichos de sus crías.

–Papá y yo tendremos que emprender un largo vuelo para encontrar lo que quieren comer hoy. Tengan paciencia y pórtense bien en nuestra ausencia. ¿De acuerdo?

–¡Claro que sí! –trinaron todos los petirrojos.

Así fue que el señor y la señora petirrojo volaron hasta el más apartado rincón del parque. El papá fue el primero en avistar una lombriz grandota que asomaba la cabeza por entre la hierba.

Bajó volando a gran velocidad y agarró a la lombriz con el pico.

Era larga y robusta y todavía tenía parte del cuerpo enterrado en la tierra. Se resistió con todas sus fuerzas. El papá tiró y jaló, pero la lombriz era tan fuerte que se le escabullía. La mamá vio la lucha y fue a ayudar con el pico. Entre los dos tiraron y tiraron hasta que lograron arrancarla de la tierra. Felices, regresaron volando al nido

con su grandísima presa.

–¡Miren! ¡Papá encontró mi lombriz! –trinó Picotón–. ¡Seré el primero en desayunar!

Y abrió mucho el pico para que su papá embutiera toda la lombriz.

–Picotón –le dijo la mamá–, con esa lombriz alcanza para todos. Compártela con tus hermanitos, que Papá y yo seguiremos buscando, pero tardaremos un buen rato en llegar otra vez hasta el otro extremo del parque y regresar. Por eso, chiquitines, repártanse la lombriz y entreténganse con ella hasta que volvamos.

Colorao y Guinda se alegraron de que Picotón fuera a compartir con ellos su lombriz; y Chispita, que había dicho que no le gustaban las lombrices, tenía tanta hambre que la idea ya no le parecía tan mala.

Los petirrojos salieron volando otra vez para proseguir su búsqueda del desayuno. Las crías decidirían cómo se repartirían la presa. Pero como supondrán, Picotón resolvió comérsela toda.

–Lo siento, ¡pero esta lombriz es mía! Todos ustedes pidieron otra cosa de desayuno. Tendrán

que esperar su turno. A Chispita ni siquiera le gustan las lombrices.

–Oye, ¿y si no encuentran semillas crocantes por ningún lado? –dijo Colorao manifestando su preocupación–. No tendré nada que comer en todo el día. ¡Ahora mismo ya estoy muerto de hambre!

–Yo también –dijo Guinda–. Por favor, Picotón, ¡déjanos un poquito de lombriz!

–¡No, no y no! ¡Ni hablar! ¡Es mi lombriz, y me la voy comer toda yo solito!

Picotón se aferró entonces a un extremo de la lombriz, y Chispita, Guinda y Colorao agarraron la otra punta. Todos comenzaron a tironear. Picotón era grande, pero no podía con sus tres hermanos, que daban tirones para el otro lado. Entonces decidió encaramarse en el borde del nido para poder hacer más fuerza.

Soltando la lombriz, Guinda abrió el pico:

–¡Picotón, por favor, bájate de ahí! ¡Es peligroso, te vas a caer!

Picotón no quería responder. Si abría el pico, soltaría la lombriz. Total que siguió dando tirones. Tenía las patitas en el borde del nido, y lo único que lo sostenía era la lombriz. Como vio que Guinda la había soltado, aprovechó para tirar con todas sus fuerzas. Colorao y Chispita perdieron el equilibrio y cayeron de bruces. ¡Entonces Picotón se desplomó hacia atrás! El miedo le hizo abrir el pico, perdió la lombriz y empezó a caer. Batió las alitas, pero no le sirvió de mucho, pues todavía no le habían salido todas las plumas. Para colmo, no sabía volar. La caída le pareció interminable. Fue a parar sobre un colchón de hierba. ¡Plop!

–¡Retórtolas! –chilló Colorao–. Miren, Picotón ha caído al suelo. ¿Se habrá





lastimado?

–No creo –dijo Guinda–. ¿Ven? Se ha levantado y está dando brincos. Pero todavía no sabe volar, y como es muy grande, papá y mamá no lo podrán alzar. ¿Cómo hará para volver al nido?

Los pajaritos recorrieron el bosque con la mirada buscando algo o alguien que lo pudiera ayudar; pero no avistaron nada.

–¡Ay! –exclamó Guinda–. ¡Miren allá, entre la hierba! ¡Se acerca ese gato malo que papá, mamá y todos sus amigos siempre andan ahuyentando! ¡Hay que hacer algo! –dijo Colorao de lo más decidido.

–Uy, esto me da mala espina –suspiró Chispita, preocupada.

Abajo, en el suelo, el pequeño Picotón tenía sus propias preocupaciones. Había perdido la lombriz. Se había caído de su cómodo nidito. Sus papás no estaban, y se encontraba solito, indefenso, en el suelo, el sitio más peligroso para un pajarillo. Se asomó por encima de las briznas de hierba y echó una mirada a su alrededor. Entonces divisó al feroz gato gris que caminaba hacia él. Se quedó paralizado. «Ahora sí que estoy en un aprieto», pensó. «Y todo por haberme tan mal y haber sido egoísta y desagradecido».

El gato se acercaba cada vez más al lugar en que se hallaba Picotón, escondido entre la hierba. En cualquier momento lo descubriría. De repente, Chispita advirtió que su papá volaba hacia ellos, seguido de su mamá, y gritó lo más fuerte que pudo:

–¡De prisa! Picotón está en peligro. ¡Se acerca un gato!

Papá, con su aguda vista, no tardó en descubrir al gato: estaba a punto de encontrar al pobre Picotón, que temblaba de miedo. Papá trinoó con mucho vigor y enojo y se abalanzó hacia el minino. Dio muchos aletazos y le picoteó la cabeza con todas sus fuerzas.

Instantes después, mamá también atacó al gato. En vuelo rasante logró darle un picotazo y escapar antes que el felino la atrapara. Éste, sorprendido por tan repentino ataque desde el aire, echó a correr por el parque.

Los hermanitos suspiraron aliviados. Picotón estaba a salvo por el momento. No se iba a morir de hambre, porque papá y mamá le podían dar de comer en el suelo. Pero seguía estando en un sitio muy peligroso, y pasaría algún tiempo antes que aprendiera a volar.

Ocurrió entonces algo inesperado. Al otro lado del claro que había junto al gran roble, un anciano descansaba en un banco. Cuando vio a los petirrojos atacando al gato, intuyó que debían de estar defendiendo a una de sus crías. El amable anciano se levantó y caminó lentamente hacia el roble. No tardó en descubrir a Picotón escondido en la hierba. Cuando se le acercó, Picotón quiso huir. Aleteó enérgicamente con la intención de escapar, pero no lo logró. Sin embargo, no corría

peligro, ya que al anciano le encantaban los pajarillos.

–No tengas miedo, chiquitín –le dijo–. Dios ama a los pajarillos, y yo también. Veo que te has caído y que corres peligro. Permíteme ayudarte.

Picotón, no sabiendo si podía fiarse de aquel gigante, abrió el pico y chilló. Papá y mamá miraban desde una rama próxima y también trinaron a voz en cuello.

–Se te ve muy saludable y vivaz –dijo el anciano mientras se inclinaba para recogerlo–. ¿Está por aquí tu nido?

Entonces oyó un trino agudo que provenía de una rama. Era Chispita, preocupada por Picotón.

–Descuida, Chispita –dijo Colorao–. Creo que ese amable quiere ayudar a Picotón.

–Mira –dijo Guinda–. Ha visto nuestro nido y se está estirando todo lo que puede con Picotón en la mano. ¡Nos lo quiere devolver!

–¡Listo! –dijo el anciano mientras colocaba a Picotón de vuelta en el nido.

Sonrió a los papás petirrojos y prosiguió con su paseo.

–¡Qué bueno es estar otra vez en casa! –pió Picotón–. ¡Perdónenme! Fui muy egoísta y muy poco amoroso, ¡pero ya escarmenté!

–Todos hemos aprendido mucho hoy –dijo Chispita–. ¡Me da la impresión de que en un solo día nos hemos hecho mucho mayores!

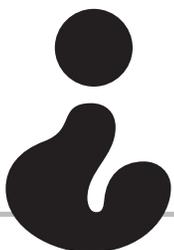
–Vamos –dijo Colorao–. Todavía tenemos una lombrizota que podemos saborear.

Así pues, todos se repartieron la lombriz. Papá y mamá miraban con orgullo a sus crías, muy contentos de que se portaran bien. A partir de ese día, los pequeños petirrojos se esforzaron mucho por tratarse bien y tuvieron muy buenos modales con sus papás. Cada vez que recibían un delicioso bocado, trinaban al unísono:

–¡Muchas gracias!



-
- Al comienzo de la historia, ¿qué estaban haciendo los pajaritos que no estaba bien?
 - ¿Qué tuvo que sucederle a Picotón para que aprendiera su lección? ¿Piensas que los otros pajaritos también aprendieron algo?
 - Comenta situaciones en las que te haya tentado la idea de ser egoísta y de qué manera este cuento te ha enseñado a no serlo.
 - A medida que vamos creciendo y madurando, aprendemos a ser menos egoístas. • ¿Qué hacen tus padres por ti que consideras desinteresado? ¿Cómo podemos manifestar amor a los demás siendo desinteresados?



El rey egoísta

–¡Qué bien! Mi pozo ya está terminado. Ahora puedo poner un cartel que lleve mi nombre, dijo el rey, e hizo que su sirviente clavara un letrero de madera que decía: «Nadie beberá de este pozo los miembros de la familia real. Si alguien más se atreve a beber de esta agua, morirá». Y estaba firmado: El rey.

Lo observó con orgullo.

–Ya era hora de que tuviera toda el agua que necesito.

Un anciano bajaba a los tropicónes por el sendero, dando golpecitos con su bastón, cuando de pronto chocó con el rey. Sacó su tazón y exclamó:

–¡Agua, agua! Por favor, ¿me darían un poco de agua?

–Vete, viejo, vete de aquí antes de que te eche a un hueco muy profundo –le gritó el rey malvado–. ¿Que no puedes leer el cartel? ¡Esta agua es solo para mí y mi familia!

–¡Discúlpeme, gran señor! Es que soy ciego.

–¡No me trago tu excusa, viejo mentiroso! Te perdonaré esta vez, pero nunca más vuelvas por aquí a tratar de robarte mi agua.

–Descuide, buen señor. No regresaré... gracias por su misericordia –farfullaba el anciano mientras se alejaba a los tropezones por el sendero.

El rey volvió al día siguiente. Ordenó a su sirviente que tirara un balde al pozo para sacar agua, pero lo único que se oyó fue un ruido metálico. Al escucharlo, el rey se asomó al pozo y para su horror, comprobó que estaba vacío.

–¡No puede ser! Pero, ¿qué es esto? ¿Que no hay agua en mi pozo? ¿Y por qué no? ...A lo mejor el agua volverá dentro de unos días –se dijo, queriendo tranquilizarse.

Pero cada vez que volvía a mirar, el pozo seguía seco. Entonces llamó a uno de los sabios que le aconsejaba y le dijo:

–Si valoras tu vida, explícame por qué mi pozo está seco.

–¡Oh, señor mío, que viva por siempre su excelencia! El pozo seguirá seco hasta el día en que comparta sus aguas con su pueblo –le dijo el sabio, temblando de miedo.

–Pues muy bien: que el pueblo venga de noche a sacar agua del pozo. Y yo lo tendré todo para mí durante el día –decretó. Y así fue.

Al día siguiente el rey regresó al pozo para ver si por fin había llegado el agua.

–¿Qué? ¡Seguimos sin agua! Esperaré hasta que caiga la noche para ver qué pasa. Pero me esconderé en ese edificio vacío y observaré desde allí para que nadie me vea.

En cuanto se puso el sol todos los aldeanos se acercaron al pozo con sus vasijas vacías, confiados en que sacarían agua.

–¡Agua! –gritó uno de los hombres, mientras extraía una jarra de agua cristalina y la bebía con gusto. Otra mujer llenó su cántaro. Después que tanto ella como sus niños hubieran tomado, le dio un buen baño a cada uno. Todos los niños de la aldea se divertieron tirándose agua hasta empaparse. El rey regresó a su casa de lo más intrigado... y bastante sediento. Porque le daba vergüenza pedirles agua a los aldeanos cuando se había portado de manera tan egoísta con ellos.

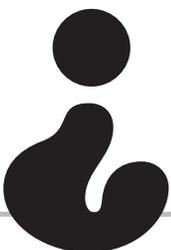
Al día siguiente, en cuanto salió el sol, el rey volvió a encontrar el pozo seco. Lo seguía un sirviente con un cubo lleno de pintura y unas brochas.

–Pinta lo que te he mandado pintar –ordenó el rey, aunque esta vez en un tono algo más amable que el que solía emplear.

–Para servirlo, señor mío. Se escribirá como usted lo ha ordenado. El rey se puso de lo más contento cuando leyó el nuevo cartel, que ahora decía: «Todo aquel que tenga sed y acérquese a beber de esta agua libremente».

Antes de que la pintura se secara, el rey escuchó el dulce sonido del agua que entraba a borbotones. El pozo se llenó enseguida hasta la superficie, y todos los aldeanos se acercaron a beber. ¡Cuál no ha habré sido su sorpresa de ver que el rey bebía con ellos, hacía chistes y se reía con todos los aldeanos!

El pozo siguió dando agua fresca, limpia y dulce, incluso en épocas de sequía. Y por toda la región se lo conoció como el pozo que nunca se secaba.

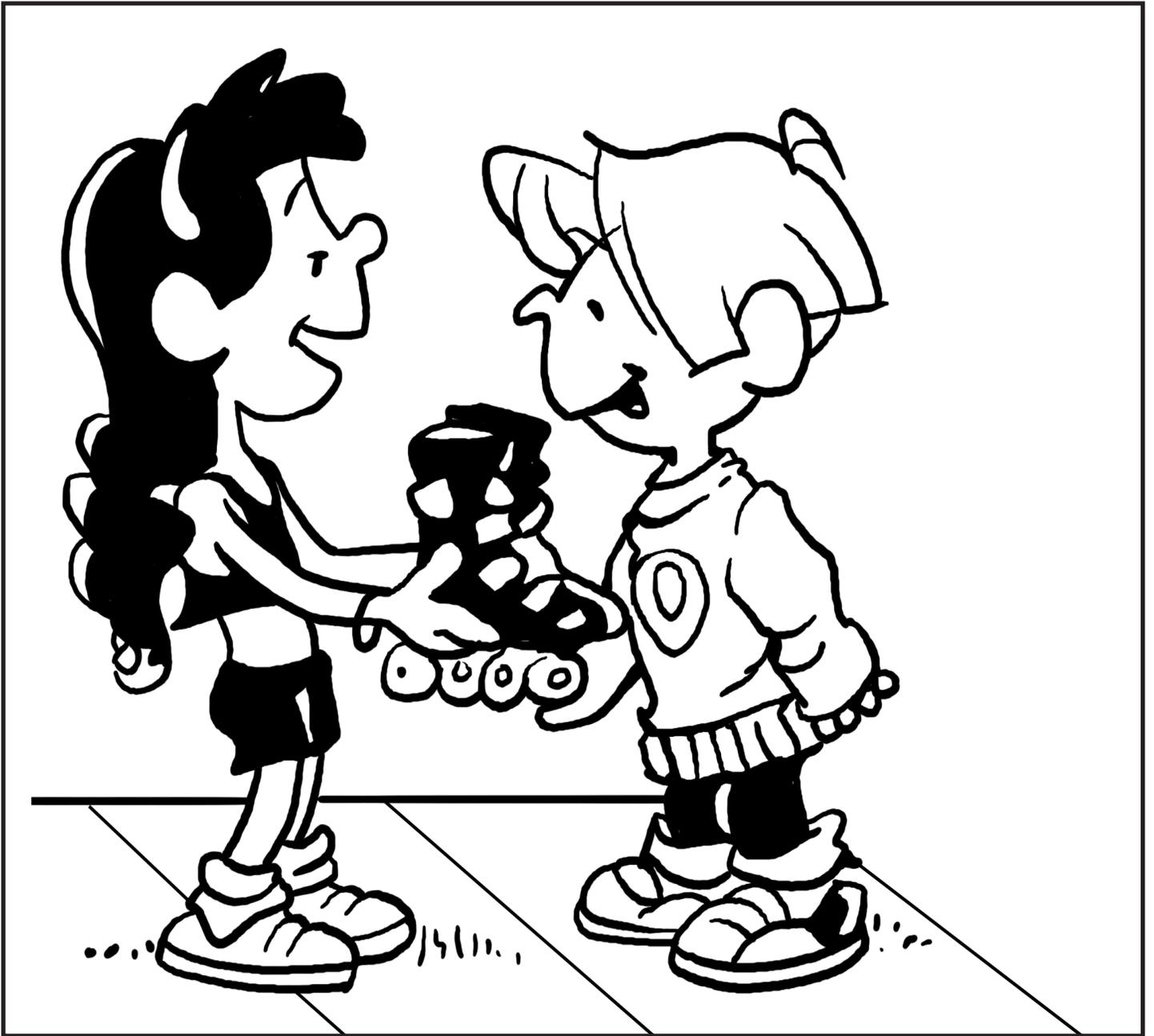


- ¿Por qué crees que el rey quería quedarse con toda el agua del pozo?
- ¿Qué pasó cuando la acaparó toda para sí?
- ¿Qué pasó cuando comenzó a compartir el agua?
- Conversen sobre todas las cosas buenas que pasan cuando compartimos de buen grado con los demás.
- ¿Alguna vez retuviste algo de los demás por temor a que no alcanzara para ti?
- Cuenta alguna ocasión en que le diste algo a alguien para ayudarlo. ¿Cómo te sentiste?





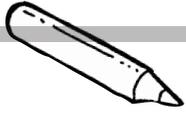
Ejercita la memoria



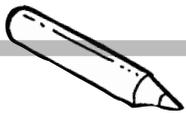
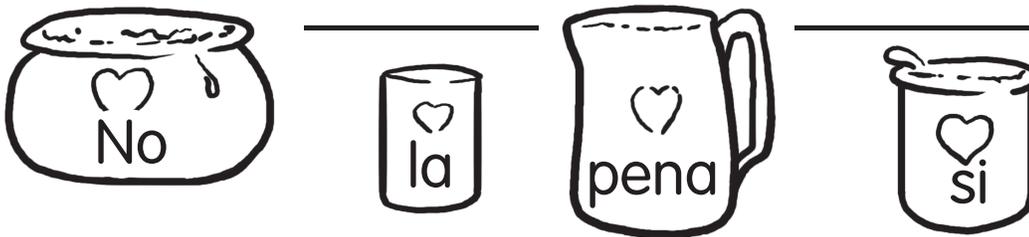
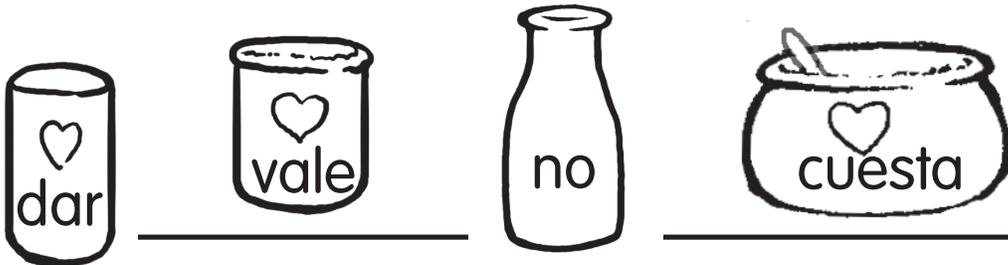
Si das, no perderás.

¡Saca el lápiz!

Tacitas de amor



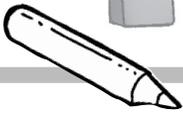
Empareja las tacitas que están afuera con las que están en la caja. Escribe las palabras en su correspondiente taza y lee el mensaje.



Describe algo dadivoso que podrías hacer por alguien más. Dibuja una ilustración sobre ello.

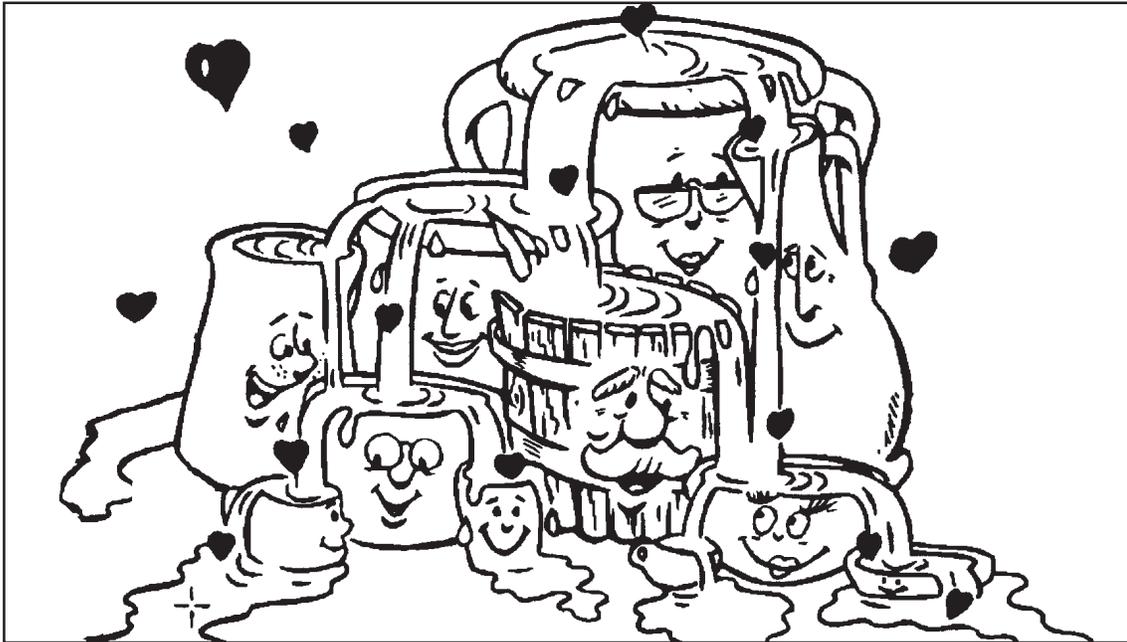


¡Saca el lápiz!

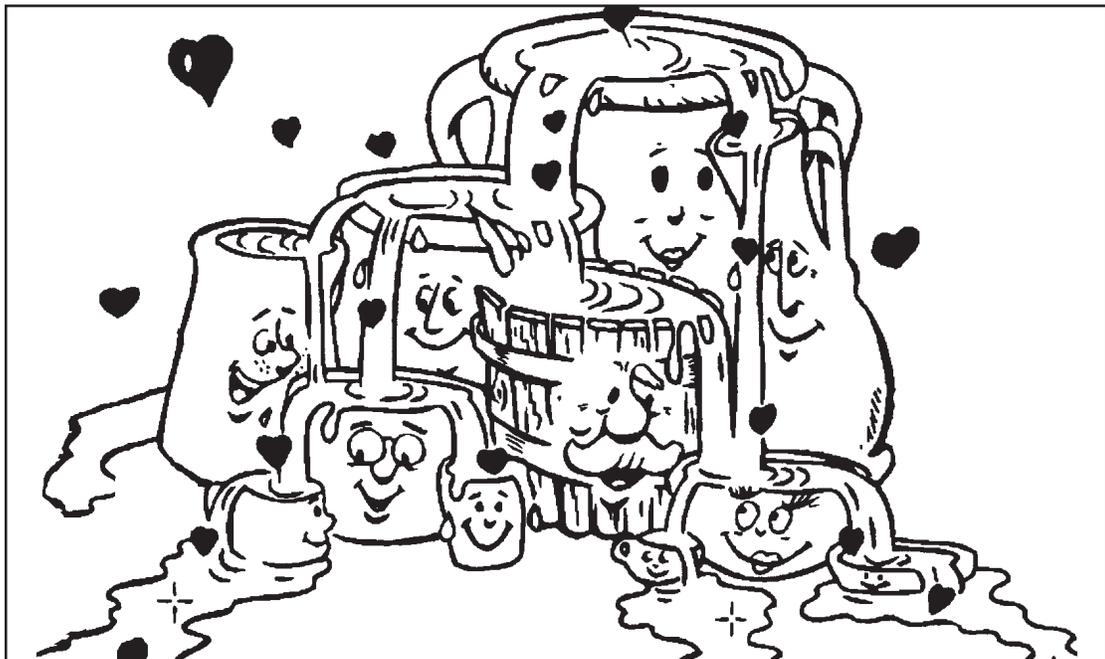


Busca las diferencias.

Encierra con un círculo las diferencias que encuentres entre las dos ilustraciones. Hay 10 en total.



Siempre huele a perfume la mano que regala rosas.



Cortar y pegar

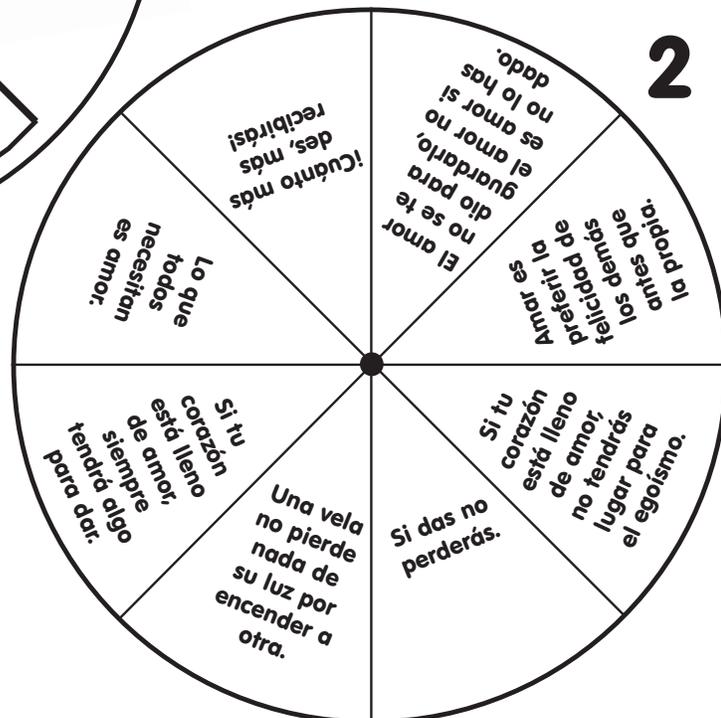
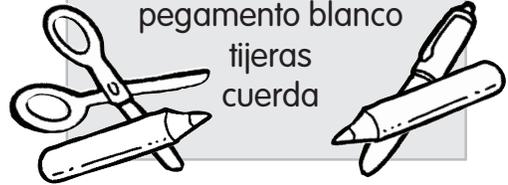
La rueda de la generosidad

Cómo hacerla:

- Colorea y monta los círculos en una cartulina
- Recorta la ventana en el círculo 1
- Pon el círculo 1 encima del círculo 2 y amárralos por el medio con una presilla.

Materiales:

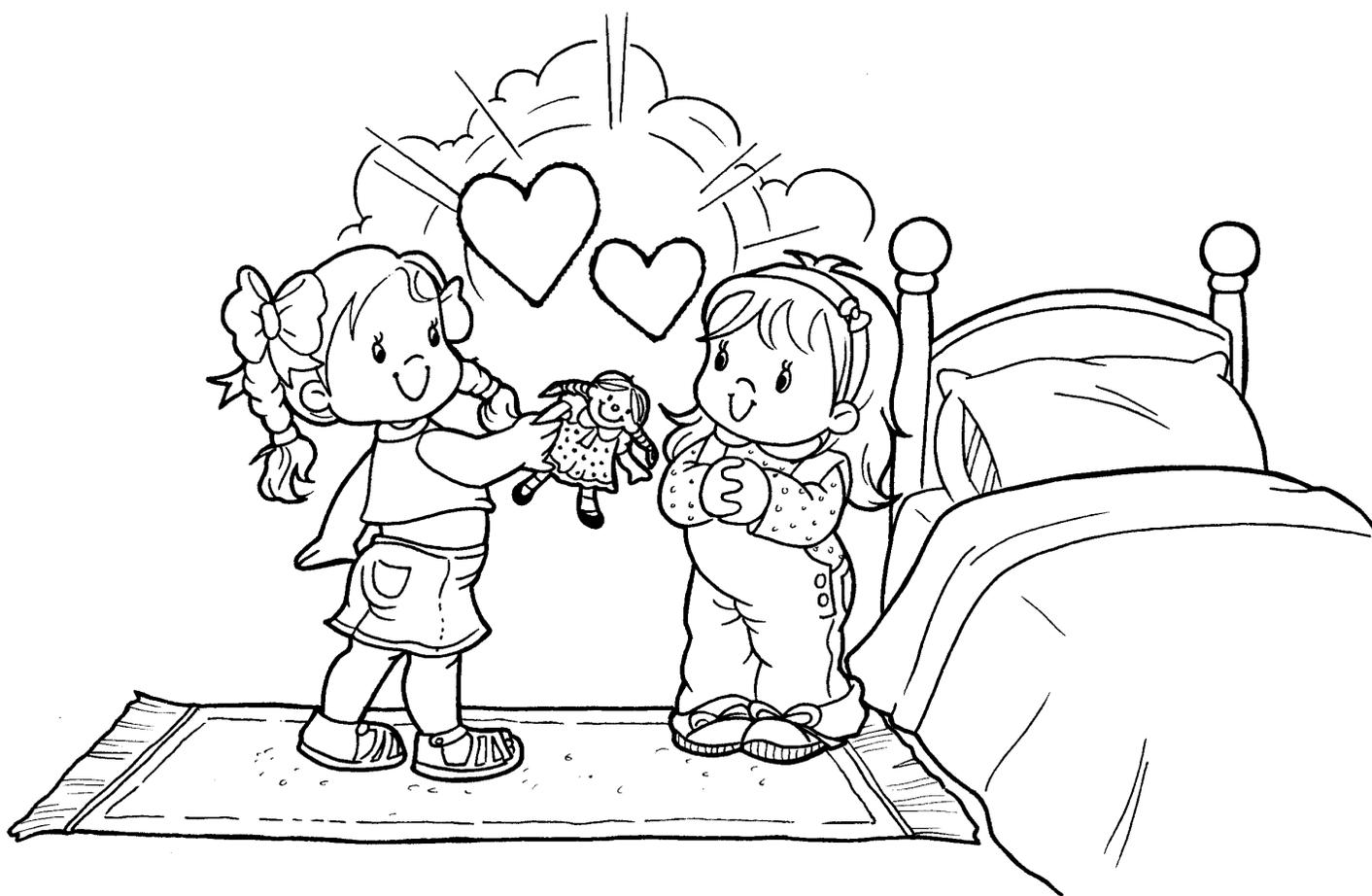
lápices de colores o crayones
cartón
sujetapapeles
pegamento blanco
tijeras
cuerda



Piensa...

¡Dar amor a los que te rodean es genial! Y también lo es ser amable y pensar en los demás. Cuanto más piensas en los demás y te esfuerzas por hacerlos felices, ¡más feliz te sientes tú también!

Si eres cariñoso y tratas sin mezquindad a los demás, ¡ellos también serán cariñosos y generosos contigo! Piensa en tus amigos: ¡a que te gustan más los que son amables y bondadosos contigo que los egoístas! ¿No es así? Son mucho más divertidos y es fácil llevarse bien con ellos. Así que, si ese es el tipo de amigos que te gusta tener, ¡trata de ser tú ese tipo de amigo! Lléname el corazón de amor y serás amable, cariñoso y bueno con los demás, y los demás serán amables, cariñosos y buenos contigo.



Formación en valores

Curso para la formación de valores y el desarrollo de la inteligencia emocional y social de los niños, en 20 módulos.

Enseña habilidades para encarar eficazmente las exigencias y desafíos de la vida diaria. Pueden impartirlo indistintamente padres de familia, orientadores, monitores y maestros, en casa, en el aula, en campamentos educativos, colonias de vacaciones, etc. Cada módulo se centra en una virtud, cualidad personal, habilidad social o destreza comunicacional de gran

importancia para adquirir una sana autoestima y disfrutar de una vida gratificante en paz y armonía con los demás.



SBA-KS-S07 - El egoísmo

Hecho en México



Distribuido por Prodidisa
Tel. (52-81) 8123-0605 ó 01-800-714-4790
E-mail: prodidsa@prodidsa.com
www.prodidsa.com

